

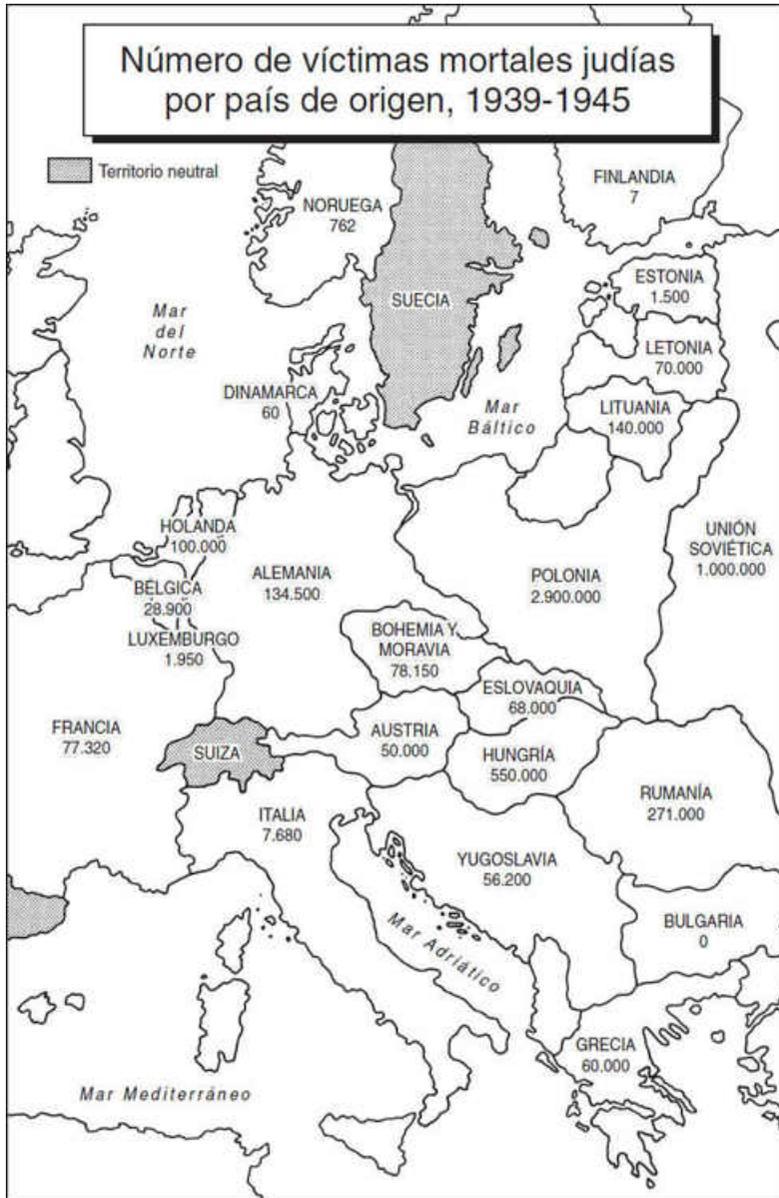
HITLER Y EL HOLOCAUSTO

ROBERT S. WISTRICH

DEBOLSILLO

ENSAYO

*A mi madre, Sabina,
que lo vivió todo*





Agradecimientos

La investigación destinada a este libro se desarrolló durante varios años en múltiples archivos, bibliotecas e institutos de estudio de Israel, la Europa continental, Gran Bretaña y Estados Unidos. La deuda que tengo con la obra de incontables estudiosos, demasiado numerosos para mencionarlos aquí, se hará manifiesta en las notas. El hecho de ser uno de los seis historiadores designados para formar parte de la Comisión Histórica del Vaticano dedicada a estudiar el papel de Pío XII durante el Holocausto me permitió sacar provecho del acceso a muchas fuentes –por lo menos en siete lenguas distintas– que resultaron útiles para la redacción del libro. Durante los primeros seis meses de 2000, el año del milenio, tuve la suerte de disfrutar de una estancia como profesor visitante en el Instituto de Estudios Avanzados de los Países Bajos (NIAS), en Wassenaar; deseo agradecer al profesor Wesseling y su amable equipo la hospitalidad y la ayuda que me prestaron. La propuesta inicial del proyecto me la planteó Toby Mundy y la supervisión corrió a cargo de Rebecca Wilson –de la editorial Weidenfeld and Nicolson–, cuyas sugerencias fueron de la máxima utilidad. Agradezco profundamente los esfuerzos de Frances Bruce para descifrar mi texto manuscrito y trasladarlo a un formato legible. Tengo una deuda particular con Trudy Gold, directora de Educación sobre el Holocausto del Instituto Cultural Judío de Londres, por la ayuda y el aliento que me ofreció al facilitarme la tarea en momentos críticos de la misma; también aprendí mucho de mi anterior trabajo con el Instituto, consistente en la redacción del texto del juego de materiales educativos *Lessons of the Holocaust* (1997) –que actualmente se emplea en nu-

merosas escuelas británicas–, así como de la colaboración con Rex Bloomstein en la dirección de la película *Understanding the Holocaust*, cuyo guión también escribí. Como siempre, tengo una deuda de gratitud con mi esposa Daniella y mis tres hijos por la paciente comprensión que mostraron al aceptar mi intensa dedicación a la realización de este proyecto. El libro está dedicado a mi madre Sabina, nacida en Cracovia hace noventa años, que siempre ha constituido para mí un ejemplo del modo en que es posible vencer la adversidad a base de entereza y valor.

ROBERT SOLOMON WISTRICH
Londres-Jerusalén
Diciembre de 2000

Introducción

En realidad, los misioneros del cristianismo habían dicho: no tenéis derecho a vivir entre nosotros como judíos. Los gobernantes seculares que vinieron a continuación habían proclamado: no tenéis derecho a vivir entre nosotros. Finalmente, los nazis decretaron: no tenéis derecho a vivir.

RAUL HILBERG,
The Destruction of the European Jews, 1961

El Holocausto fue un crimen sin precedentes contra la humanidad, que tuvo por objetivo la aniquilación total de la población judía de Europa, hasta el último hombre, la última mujer y el último niño. Fue una decisión política planificada y deliberada de un poderoso Estado, el Reich nazi, que movilizó todos sus recursos para destruir un pueblo entero. La condena a muerte de los judíos no se debió a sus creencias religiosas ni a sus opiniones políticas; tampoco constituían una amenaza económica ni militar para el Estado nazi: no se los asesinó por lo que hubieran hecho, sino simplemente a causa de su nacimiento.

A ojos de Hitler y del régimen nazi, el hecho de que una persona hubiera nacido judía comportaba su definición a priori como un ser que no era humano y que, por lo tanto, no merecía vivir. Hubo otras víctimas inocentes de la ideología racista nazi: se envió a las cámaras de gas a aquellos gitanos a quienes se consideraba impuros desde el punto de vista racial y se redujo a la esclavitud a los rusos, los polacos y los habitantes de otros países ocupados del este. Se dio muerte incluso a alemanes de pura cepa a quienes se había calificado como mental o físicamente anormales, hasta que una protesta pública moderó aquella política. Sabemos que, bajo el régimen nazi, las SS, los *Einsatzgruppen*, la Wehrmacht, la Policía del Orden y los guardianes de los campos de exterminio practicaron la brutalidad a una escala desconocida hasta entonces; que masacraron una hilera tras otra de adultos temblorosos y semidesnudos y destrozaron las cabezas de niños judíos sin piedad ni remordimientos; y que construyeron un vasto sistema de campos de concentración y de exterminio cuyo único propósito era la producción de cadáveres a escala industrial.

La cuestión es: ¿por qué? ¿Por qué se obligó a los judíos a trabajar hasta la muerte en tareas improductivas y carentes de sentido, aun cuando el Reich sufría una grave escasez de mano de obra? ¿Por qué, a pesar de las apremiantes necesidades militares de la Wehrmacht, se mató en los campos a judíos que eran trabajadores cualificados de la industria de armamento? ¿Por qué los nazis insistían en que estaban luchando contra un poder «judío» omnipotente en el mismo momento en que el asesinato en masa de los judíos revelaba la impotencia de aquel enemigo?

En lo más hondo de ese aparente misterio se encontraba una ideología o *Weltanschauung* (concepción del mundo) milenarista que proclamaba que «el judío» constituía el origen de todos los males, en especial del internacionalismo, el pacifismo, la democracia y el marxismo, y que era el responsable del surgimiento del cristianismo, la Ilustración y la masonería. Se estigmatizaba a los judíos como «un fermento de descomposición», desorden, caos y «degeneración racial», y se los identificaba con la fragmentación interna de la civilización urbana, el ácido disolvente del racionalismo crítico y la relajación moral; se hallaban detrás del «cosmopolitismo desarraigado» del capital internacional y de la amenaza de la revolución mundial. Eran el *Weltfeind*, el «enemigo mundial» contra el cual el nacionalsocialismo definió su propia y grandiosa utopía racista de un Reich que duraría mil años.

En la ideología racista y genocida de Hitler, la redención (*Erlösung*) de los alemanes y de la humanidad «aria» dependía de la «solución final» (*Endlösung*) de la «cuestión judía»: a menos que se aniquilara definitivamente al diabólico «enemigo mundial», no habría paz en una Europa que debía unirse bajo el liderazgo germánico, un continente en el cual Alemania realizaría su destino natural y se expandiría hacia el este con el fin de crear un *Lebensraum* (espacio vital) para su propio pueblo. La Segunda Guerra

Mundial, iniciada por Hitler, fue, de modo simultáneo, un conflicto bélico por la hegemonía territorial y una batalla contra el enemigo mítico judío.

La guerra convirtió el Holocausto en una posibilidad real: las victorias de la Wehrmacht pusieron por primera vez a millones de judíos bajo control directo del poder alemán, y Hitler delegó en las SS –dirigidas por el Reichsführer Heinrich Himmler y su subordinado inmediato, Reinhard Heydrich– la tarea de aniquilarlos a sangre fría. Ya en una fecha tan temprana como 1939, se inició el llamado «programa de eutanasia», que dependía directamente de Hitler y de la Cancillería del Führer y estaba destinado a eliminar a 90.000 alemanes de pura cepa a quienes se consideraba «no aptos para vivir» porque eran física o mentalmente «anormales». Aquel programa, interrumpido temporalmente en 1941, resultó ser un campo de pruebas para la «solución final»: a fines del mismo año 1941, el personal, la infraestructura y la experiencia de matar con gas venenoso fueron trasladados a los campos de exterminio de Polonia, con el fin de emplearlos contra los judíos.

La ejecución del Holocausto requirió algo más que una ideología apocalíptica antisemita: fue también el producto de la sociedad más moderna y con mayor nivel de desarrollo técnico de Europa, que además contaba con una burocracia muy bien organizada. Las matanzas masivas, optimizadas e industrializadas que se llevaron a cabo en campos de exterminio como Auschwitz y Treblinka constituyeron una completa novedad en la historia europea y mundial. Ahora bien, en Rusia, Europa Oriental y los Balcanes, los alemanes y quienes los ayudaban también asesinaron a millones de judíos empleando métodos más primitivos y «arcaicos»: los *Einsatzgruppen* y los batallones de policía se dedicaron a dar caza a los judíos y a ejecutarlos en horripilantes matanzas en fosas, bosques, barrancos y trincheras. Las poblaciones rusa, polaca, serbia y ucrani-

ana, si bien no estaban condenadas al asesinato en masa sistemático, también sufrieron enormes pérdidas, y tres millones de prisioneros de guerra soviéticos murieron durante su cautividad en manos de los alemanes.

Hay quienes, como Daniel Goldhagen, han sostenido que los alemanes llevaron a cabo aquellos asesinatos por el simple hecho de que eran alemanes: su cultura política y su disposición mental habrían estado ya programadas de antemano por un «antisemitismo de eliminación» existente desde mediados del siglo XIX. Ese planteamiento no me parece convincente: antes de Hitler, el antisemitismo racista *völkisch* no había hecho grandes progresos en Alemania, aunque distara mucho de ser un fenómeno insignificante. El antisemitismo había sido mucho más fuerte e influyente en la Rusia zarista, en Rumanía o en la monarquía de los Habsburgo y los estados que la sucedieron, en especial en Polonia, Eslovaquia y Austria. Antes de 1933, Alemania era todavía un Estado basado en el imperio de la ley, en el cual los judíos habían logrado un notable éxito económico, estaban bien integrados en la sociedad, disfrutaban de igualdad de derechos y habían contribuido de forma decisiva a modelar la cultura moderna del país.

El ascenso de Hitler al poder no habría sido posible sin la carnicería de la Primera Guerra Mundial, el impacto traumático de la derrota militar alemana, la humillación del Tratado de Versalles, las crisis económicas de la República de Weimar y el temor a la revolución comunista. El antisemitismo, a pesar de la importancia primordial que tenía para Hitler, Goebbels, Himmler, Streicher y otros dirigentes nazis, no fue el principal elemento de captación de votos del movimiento; sin embargo, una vez ese antisemitismo racista se convirtió en la ideología de Estado oficial del Tercer Reich y se vio reforzado por un aparato de propaganda extraordinariamente poderoso y por el aluvión de leyes antijudías, su impacto fue devastador.

La receptividad de los alemanes (y de otros europeos) a la demonización de los judíos a partir de 1933 se debió en gran medida a la tradición, mucho más antigua, del antijudaísmo cristiano, que se remontaba a la Edad Media. Los nazis no tuvieron necesidad de inventar las imágenes imperantes en las cuales «el judío» aparecía como usurero, blasfemo, traidor, asesino ritual, conspirador peligroso contra la cristiandad y amenaza mortal a los fundamentos de la moralidad. Hasta la Revolución francesa, tanto los gobernantes seculares como las iglesias cristianas se habían asegurado de que los judíos fueran parias en la sociedad europea y estuvieran condenados a una posición de inferioridad y subordinación. El racismo también se había empleado en la España católica del siglo xv para justificar el apartamiento de los judíos –incluidos los conversos– de los cargos públicos y las posiciones de influencia económica.

La Reforma protestante, especialmente en Alemania, trajo consigo pocas mejoras en la situación de los judíos: de hecho, las diatribas antijudías de Lutero constituirían un factor coadyuvante en la posterior complicidad de los protestantes alemanes con las acciones de Hitler y en el silencio imperante durante las persecuciones antisemitas del Tercer Reich. También los católicos se implicaron de modo creciente en los movimientos políticos antisemitas en Francia, Austria, Hungría, Eslovaquia, Polonia y otros estados europeos en el transcurso de los siglos xix y xx. Durante el Holocausto, muchos clérigos católicos, al igual que los protestantes, fueron a menudo indiferentes o incluso hostiles respecto a los judíos, aunque también hubo casos de resistencia heroica al nazismo y de salvamento de judíos por parte de «gentiles virtuosos». Sin embargo, no es posible comprender la profunda ambivalencia del Vaticano y de las iglesias cristianas si no se toma en consideración la antigua y persistente «doctrina del desprecio» que tenía profundas raíces en el mismo Nuevo Testamento y en las enseñanzas de los Padres de la Iglesia. El nazismo, pese a que

en última instancia estaba resuelto a erradicar el cristianismo, pudo utilizar como base los estereotipos negativos acerca de los judíos y el judaísmo que las iglesias habían difundido a lo largo de los siglos.

Los alemanes no llevaron a cabo el Holocausto en solitario, aunque no quepa ninguna duda de que, bajo el dominio nazi, constituyeron la punta de lanza y la fuerza impulsora del mismo: entre los lituanos, los letones, los ucranianos, los húngaros, los rumanos, los croatas y otras nacionalidades europeas encontraron muchos colaboradores y «ayudantes» bien dispuestos, en especial cuando se trataba de matar judíos. Los austríacos –anexionados al Reich alemán en 1938– constituyeron un porcentaje completamente desproporcionado de los asesinos de las SS, los comandantes de los campos de exterminio y el personal implicado en la «solución final». Incluso la Francia oficial «colaboró» con entusiasmo, no en la muerte de judíos pero sí en su deportación hacia el Este y en la aprobación de una draconiana legislación racista.

El Holocausto fue un acontecimiento paneuropeo que no habría podido suceder si, en las postrimerías de la década de 1930, millones de europeos no hubieran deseado ver el final de la antiquísima presencia judía entre ellos. Ese consenso fue especialmente poderoso en los países de la Europa Central y Oriental, en los cuales vivía la mayor parte de la población judía y donde los miembros de la misma aún conservaban sus propias características nacionales y su singularidad cultural. Sin embargo, también en Europa Occidental y en Estados Unidos había un creciente anti-semitismo, ligado a las penalidades causadas por la Gran Depresión, el incremento de la xenofobia, el miedo a la inmigración y el predicamento de las ideas fascistas.

Esa hostilidad influiría en la desgana de los responsables políticos británicos y estadounidenses a la hora de realizar algún esfuerzo significativo de salvamento de judíos

Europeos durante el Holocausto. Ya en la década de 1930, el sistema de cupos de Estados Unidos había imposibilitado cualquier inmigración masiva de judíos de Europa Central y Oriental que pudiera haber aliviado en alguna medida las enormes presiones ejercidas sobre ellos. Las preocupaciones británicas acerca del malestar árabe en Palestina –subsiguiente al incremento, también en la década de 1930, de la inmigración de judíos a su «hogar nacional»– llevaron a la negación y el cierre de otro refugio fundamental. Hitler tomó debida nota de aquellas reacciones y de la política occidental de apaciguamiento anterior a 1939 y extrajo sus propias conclusiones, es decir, que podía poner en práctica sin excesivos riesgos sus ambiciones expansionistas y que Occidente no interferiría en sus medidas antijudías, cada vez más radicales.

En vísperas del Holocausto, los judíos de Europa se encontraron en una trampa de la cual no parecía que hubiera escapatoria: tenían frente a ellos al enemigo más amenazador y peligroso de toda su historia, una gran potencia, llena de dinamismo y situada en el corazón del continente europeo, que pretendía abiertamente su destrucción y cuya influencia se hacía sentir en los estados vecinos, especialmente los del Este y el Sudeste de Europa, los cuales estaban aprobando sus propias leyes antisemitas para restringir los derechos de sus respectivas poblaciones judías y también presionaban para lograr el desplazamiento o la emigración de las mismas. Además, y pese a que los tres millones de judíos de la Rusia comunista estaban aislados del resto de su comunidad mundial, la identificación de los judíos con el bolchevismo se había convertido en un mito político enormemente peligroso, que acabaría estimulando los asesinatos masivos llevados a cabo por los nazis y sus aliados en el frente oriental a partir de junio de 1941.

Las posibilidades de acción de los judíos de Estados Unidos en favor de sus hermanos europeos eran también